

PREGUNTAS E IMPLICACIONES DEL SILENCIO DE PABLO SOBRE JESÚS

Pablo no hace alusión a ninguno de los milagros de Jesús. ¿Hemos de concluir que los ignoraba? Preguntarnos por este silencio de Pablo nos lleva a plantear la cuestión de la relación que el apóstol tiene con la vida de Jesús. Intentaremos, en primer lugar, estudiar el silencio de Pablo sobre los milagros. A continuación estudiaremos las implicaciones de este silencio que atañe al sentido que para Pablo tienen los signos y, por tanto, al kerygma.

Questions et implications du silence de Paul sur Jésus, Recherches de Science Religieuse 99 (2011) 61-77.

UNA CONSTATACIÓN: EL SILENCIO DE PABLO SOBRE LOS MILAGROS

En sus cartas, Pablo no vincula su apostolicidad a acciones milagrosas

He aquí una primera constatación. Sin embargo, los Hechos de los Apóstoles presentan a Pablo curando y haciendo diversos signos: desde su primera misión, Pablo castiga con la ceguera al mago Elimas (Hch 13, 9-12). En Listra cura a un inválido (Hch 14, 8-10). Después, como Jesús, Pablo exorciza a una mujer (Hch 16, 18) e incluso resucita a un muerto en Tróade (Hch 20, 7-12). En su viaje a Roma alimentó y sació a los 276 pasajeros del navío que naufragó (Hch 27, 35-37). Finalmente, en Malta, Pablo cura al padre de Publio y a los otros enfermos de la isla (Hch 28, 8-9). En la Asamblea de Jeru-

salén los Hechos subrayan que “toda la asamblea calló y escucharon a Bernabé y a Pablo contar todas las señales y prodigios que Dios había realizado por medio de ellos entre los gentiles” (Hch 15, 12). La figura de Pablo curando está también presente en los apócrifos, particularmente en los *Hechos de Pablo* donde Pablo hace un milagro tras otro.

En sus cartas, Pablo prefiere presentar su función en términos de servidor, esclavo, atleta (1 Co 9, 24-27; Flp 3, 13), intendente (1 Co 4, 1), prisionero (Ef 3, 1; 4, 1; 2 Tm 1, 8; Flm 1.9), “padre” (Flm 10), “madre” (1 Ts 2, 7), e incluso constructor y arquitecto (1 Co 3, 10). Pablo, o su sucesor, hablará de la iglesia como de un “edificio que crece” (Ef 2, 21). Pablo no reivin-

dica ni poder sobre los espíritus impuros ni capacidad taumatúrgica alguna. Esta presentación es distinta de la de los doce en los sinópticos. En el relato de la vocación de los doce, “el poder sobre los espíritus inmundos” (Mc 6, 7-13) es una de las características de su misión. El éxito de ella se pone de manifiesto por las numerosas curaciones que realizaban, sin que ello prejuzgue la conversión de los beneficiados.

Sin embargo, Pablo a veces alude a los signos, particularmente cuando es empujado a defenderse de sus adversarios de Corinto: “las características del apóstol se vieron cumplidas entre vosotros: paciencia perfecta en los sufrimientos, y también señales, prodigios y milagros” (2 Co 12, 12). En Rm 15, 19 evoca igualmente estos signos cuando dirige a la comunidad de Roma un balance de su ministerio: “en virtud de señales y prodigios, en virtud del Espíritu de Dios, tanto que desde Jerusalén y en todas direcciones hasta Ilírico, he dado cumplimiento al Evangelio de Cristo”, y al hacerlo no duda en poner en paralelo el poder que se manifiesta en el milagro y la fuerza del Espíritu con la que ha realizado su ministerio.

Esta expresión “señales y prodigios” también se utiliza en Hch 15, 12 y es frecuente en los evangelios. Pablo no excluye los milagros de los efectos producidos por su ministerio y así hace valer que el Espíritu Santo anima dicho ministerio. En este sentido, las dos

anotaciones de Rm 15, 19 y 2 Co 12, 12 no están lejos de la tradición de Marcos que califica la actividad misionera de los Doce por los signos, vinculando los milagros obrados por los discípulos a los realizados por el mismo Jesús.

Pablo no desconoce los milagros que se viven en la comunidad

En la lista de los *charismata* que el apóstol dirige a la comunidad de Corinto figuran los milagros: “a otro, carisma de curaciones, en el único Espíritu; a otro, poder de milagros... Pero todas estas cosas las obra un mismo y único Espíritu, distribuyéndolas a cada uno en particular según su voluntad” (1 Co 12, 9-11).

En la lista que presenta un diseño estructural de la comunidad cristiana, Pablo declara: “vosotros sois el cuerpo de Cristo, y sus miembros cada uno por su parte. Y así los puso Dios en la Iglesia, primeramente como apóstoles; en segundo lugar, como profetas; en tercer lugar, como maestros; luego, el poder de los milagros; luego, el don de las curaciones, de asistencia, de gobierno, diversidad de lenguas. ¿Acaso todos son apóstoles? ¿O todos profetas? ¿Todos maestros? ¿Todos con poder de milagros? ¿Todos con carisma de curaciones? ¿Hablan todos lenguas?” (1 Co 12, 27-30).

Se citan los milagros, los caris-

mas de curación, tanto desde el punto de vista del resultado como de sus autores. Nada sorprendente en una comunidad carismática como la de Corinto, marcada por este ambiente de curación de la que dan testimonio los exvotos de los templos de la ciudad (1 Co 12, 12-30). Nótese que estos dones no están reservados a los apóstoles, pero tampoco están al alcance de todos. En 1 Co 14, 22 las “lenguas sirven de señal”. Hablar lenguas es un carisma, pero ¿será considerado un milagro? Pablo subraya sobre todo la superioridad de la profecía respecto al don de lenguas.

En la enumeración de Rm 12, 6-8, paralela a la de 1 Co 12, los dones de curación y de milagros han desaparecido. Tampoco en Ef 4, 11-12, donde figura una lista casi idéntica, se habla de milagros. Sólo se mantienen las funciones de enseñanza.

Pablo habla de milagro en referencia al corpus del AT

A modo de ejemplo, Pablo cita el maná y la roca de Moisés. No lo hace para celebrar un milagro, sino en una perspectiva parenética y escatológica: la de recordar a la comunidad cristiana que le irá peor que a la comunidad del desierto si no se mantiene fiel a Cristo. Aquellos hechos acontecieron “en figura” (1 Co 10, 6); les acontecía “en figura” y fue escrito para aviso de los que hemos llegado a la plenitud de los tiempos (1 Co 10, 11).

Más que el sentido de milagro está en juego la “figura” de la comunidad. Según Pablo, la comunidad del desierto es figura de la comunidad actual reunida en función de Cristo y de la eucaristía.

Pablo pasa por alto los milagros de Jesús

El recurso a los milagros del AT y no a los de Jesús refuerza la paradoja paulina. Pablo no hace ninguna alusión a los milagros que el mismo Jesús realizó. Jamás evoca las personas que Jesús ha curado o exorcizado. Las únicas personas que conoció Jesús y que nombra Pablo son Pedro y Santiago (Ga 1, 2): no se trata de los milagros de los que fueron testigos, ni de los que ellos pudieron realizar. Y, en cambio, Pablo evoca “los signos” que acompañan la venida del Impío con los mismos términos con los que habla de su ministerio.

Una doble cuestión

Este silencio sobre los milagros de Jesús plantea un doble interrogante: el de las *fuentes* y el del *sentido* que la vida de Jesús representa para Pablo.

Respecto a las *fuentes*: cuando Pablo escribe sus cartas, los evangelios todavía no tienen la forma en que los conocemos. Los escritos paulinos constituyen el primer

corpus del NT. No se los puede ignorar, sobre todo si se quiere hablar de milagros. Conviene notar que Pablo no relata ningún milagro de Jesús, como tampoco ningún acontecimiento de su vida, ni de su enseñanza. ¿Cómo es posible que no recurra a las palabras y a los hechos de Jesús tal como se transmitieron, ya que él mismo se benefició de esta transmisión llevada a cabo por las comunidades? Nos limitamos a plantear la pregunta.

La pregunta del *sentido*: ¿cómo es posible que las comunidades a las que Pablo se dirige no le interroguen sobre los hechos y los gestos de Jesús? ¿Se ha desentendido Pablo de la vida de Jesús? Esta pregunta es relativamente poco abordada, excepto en un contexto global que plantea si Pablo es el

fundador del cristianismo. Se confronta a Jesús con Pablo, de tal manera que uno acaba por triunfar sobre el otro y excluirlo. Llevado hasta el extremo, se podría decir que, si se considera a Pablo como el fundador del cristianismo, Jesús ha sido superado; en el caso contrario, no hay sitio para Pablo.

La cuestión de la relación de Pablo con Jesús es, pues, esencial. ¿Ignora Pablo “la vida de Jesús”? ¿La oculta? Retomando los términos de P. Royannais, el trato que inflige Pablo a esta relación ¿sería “como una protesta en nombre de la historia... por negarse a creer que sólo hay grandes momentos en la vida de Jesús”? Dada “la ausencia de relaciones” entre Pablo y Jesús ¿se puede hablar de continuidad o pone Pablo el sello a una ruptura definitiva con él?

KERIGMA Y RECHAZO DE SIGNOS

Es conveniente analizar la forma en que Pablo se refiere al kerigma para ver lo que mantiene de la vida de Jesús. Es preciso observar no sólo el contenido, sino también la importancia de “lo heredado” y, por tanto, de la recepción, desde el punto de vista de Pablo. Éste transmite lo que ha recibido. El pasaje más significativo es 1 Co 15,1-2 al que se puede añadir 1 Co 11, 23, donde se trata de la institución de la eucaristía, primer escrito sobre este tema.

En 1 Co 15, 1-11, Pablo subra-

ya la muerte salvífica de “Cristo” más que la contingencia histórica de esta muerte, cuyo sentido ha expuesto en 1 Co 1-4. Insiste en el testimonio de las apariciones, con una finalidad interpretativa, sin aportar circunstancias, como hacen los evangelistas, lo cual le permite añadirse él mismo a la lista apostólica de las apariciones. Pablo no cuenta la vida de Jesús, deja a otros el cuidado de hacerlo. Al recordar el kerigma le da, a partir de la muerte y resurrección, una interpretación que desarrollará en

dos direcciones: Cristo es aquel que “murió por nuestros pecados” y su resurrección tiene repercusiones en la historia. Pablo retoma constantemente estas dos líneas de fondo, mostrando sus infinitas aplicaciones.

Si Pablo no narra la vida de Jesús, retiene el final de esta vida, su muerte, y el momento en que se realiza el cambio entre el enraizamiento histórico de Jesús y lo que sucede después, cuyo contenido es universal, a saber, la resurrección. ¿Se puede concluir que se contenta con un conocimiento básico de Jesús y que con esto lo subestima?

Merece ser subrayado otro punto: Pablo no sólo no narra la vida de Jesús, sino que ni siquiera tiene en cuenta los signos. Más aún, los rechaza (1 Co 1-3): “los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría, nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; mas para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios” (1 Co 1, 22). En vez de los múltiples signos reclamados por los judíos, sólo será dado un signo, el de la cruz. Tal anuncio es “escándalo y locura” según la interpretación que las culturas hacen legítimamente de la cruz (1 Co 1, 23). Atreverse a decir que un enviado de Dios o un dios padece la muerte en cruz, el

suplicio de los esclavos, es un absurdo para el no judío o un escándalo blasfemo para el judío. El escándalo es doble en el caso de Jesús porque el que cuelga del madero se atreve a pretender ser el Mesías, el Hijo de Dios, al tiempo que padece la muerte de los esclavos y que la Ley le declara “maldito” (Dt 21, 23). También para el mundo greco-romano es absurdo reconocer en un crucificado un dios como se lo imaginan, ya que nunca en su panteón un hombre sujeto a tal suplicio puede presentarse como una divinidad.

El acontecimiento de la cruz choca de lleno con las culturas a las que se propone. Contradice las dos categorías fundamentales de poder y sabiduría representadas por el mundo griego y por el mundo judío. Es el punto de anclaje que Pablo reivindica alto y fuerte: “no quise saber entre vosotros sino a Jesucristo y éste crucificado” (1 Co 2, 2). Parece justificar así su silencio sobre los milagros. El único signo de la cruz expresa la identidad del Mesías que acepta esta muerte infrahumana. Con todo, este signo único y paradójico no puede liberar sus potencialidades sino en una “demostración de Espíritu y de poder” (1 Co 2,4). El signo del crucificado sólo tiene sentido para el creyente en función de la resurrección.

EL MAYOR DE LOS MILAGROS: EL SIGNO DE LA RESURRECCIÓN

En vez de los signos reclamados, Pablo presenta una “proclamación”: nosotros proclamamos un Cristo crucificado (1 Co 1, 23). Si la cruz resume todos los signos, esto sólo es posible en función de la resurrección. Sin ella, Jesús de Nazaret es uno de tantos crucificados. Porque resucitó, la cruz se convierte en el signo de su mesianismo, un mesianismo que va en contra de todas las representaciones que uno pudiera hacerse. Aquél a quien Pablo consideraba como maldito de Dios por la lectura que sugerían las escrituras, lo reconoce como el Mesías en razón de su resurrección. Es “el Señor de la gloria”, a quien Pablo “ha visto” (1 Co 9, 1; 15, 8), como los apóstoles, testigos de las apariciones del Resucitado.

Pablo aplica a la resurrección el vocabulario de poder (*dynamis*) usado para los milagros en los evangelios. Pero en Pablo *dynamis* no designa los milagros (excepto Rm 15, 19 y 2 Co 12, 12) sino el poder de Dios que obra en el creyente y que es idéntico al que ha obrado en la resurrección del Hijo: “que ilumine los ojos de vuestro corazón para que conozcáis... la soberana grandeza de su poder para con nosotros, los creyentes, conforme a la eficacia de su fuerza poderosa que desplegó en Cristo resucitándole de entre los muertos y sentándole a su diestra en los cielos” (Ef 1, 18-20).

“Hablamos de una sabiduría de Dios, misteriosa, escondida” (1 Co 2, 7). Esta revelación se puede calificar de sabiduría en la medida que da acceso a Dios, cuyo rostro desconocido, o mal conocido hasta entonces, es revelado. Darse a conocer en una cruz es locura. Con esta locura Dios confunde la sabiduría humana en su pretensión de condicionar los caminos por los que debería, según ella, revelarse. Por esto Pablo llama “locura” a esta pretendida sabiduría. Pablo califica de “misterio” esta característica nunca oída de la cruz, porque sólo es descifrable en términos de revelación. De esta forma se socavan dos aspectos de Dios: el que reduce a Dios al conocimiento natural —que prescindiría de Cristo— y el que pretendería que Dios ha resucitado a su Hijo sin que esto nos afecte. En este aspecto, la cruz cambia toda precomprensión de Dios y del hombre.

Cuando, en los evangelios, los fariseos piden un signo (“Maestro queremos ver una señal hecha por tí”) se ponen en boca de Jesús estas palabras: “¡Generación malvada y adúltera! Reclama una señal y no se le dará otra señal que la del profeta Jonás” (Mt 12, 39). Jesús se remite a la señal de Jonás, poniendo así a Jonás al nivel de su mesianismo. La relación establecida con Jonás, en el contexto de rechazo de signos, indica el camino por el cual ha de pasar Jesús. El

signo de Jonás permite afirmar el significado absoluto de la muerte de Jesús. ¿No es ésta la lectura que Pablo hace de la cruz? Si la cruz despliega su sentido, lo hace por el poder del Espíritu significado por

la resurrección. Se puede decir que “la señal más grande”, “el mayor milagro” que Pablo mantiene y sobre el que funda toda su reflexión, es la resurrección.

¿QUÉ HAY DE LA VIDA O LA ENSEÑANZA DE JESÚS?

Si Pablo no recoge los datos narrativos de la vida de Jesús ni alude a las discusiones a que dan lugar; si Pablo se centra en la muerte y resurrección, no es que ignore la vida de Jesús o que ésta no tenga importancia para él. Algunos han pensado que Pablo evita hablar de la vida de Jesús para no dejarla en manos de sus oponentes. Se basan en 2 Co 5, 16 (“si conocimos a Cristo según la carne, ya no le conocemos así”) para deducir que Pablo rehúsa un conocimiento histórico de Cristo. En 2 Co Pablo opone el conocimiento que tenía de Cristo antes de Damasco al que descubrió después de este acontecimiento. Otros proponen la hipótesis según la cual, para los cristianos venidos del paganismo y marcados por los cultos místicos, el kerigma presentado en la simplicidad de 1 Co 15, 1-8 es suficiente. Queda todavía la cuestión de saber por qué la figura fundadora de Jesús no suscita más curiosidad entre las comunidades paulinas

Pablo no redacta una “biografía de Jesús”, una especie de evangelio antes de tiempo. No ha conocido a Jesús viviente. No es

como los apóstoles que han compartido su vida y su enseñanza. El conocimiento que tiene de Jesús lo ha heredado totalmente de las comunidades cristianas en las que se fue iniciado. Conviene citar la de Damasco, que lo acoge después de su conversión; la de Jerusalén, donde se encuentra con los apóstoles Pedro y Santiago; y la de Antioquia, donde Pablo ejerce un primer ministerio. En esto se apoya la hipótesis de que Pablo puede prescindir de recordar la vida y el mensaje de Jesús: las comunidades la conocen. Los que sostienen esta hipótesis aceptan también que la tradición oral respecto a Jesús no puede ser ignorada. Ahora bien, ¿pueden encontrarse, en las cartas de Pablo, indicios concernientes a la vida de Jesús?

Los trazos de la herencia

Entre estos trazos se encuentran algunas expresiones y títulos para expresar la identidad humana de Jesús. Así, Pablo evoca el origen de Jesús y su historicidad: “salido de los Padres, según la carne” (Rm 9, 5), “descendiente de

David según la carne” (Rm 1, 3). Pablo evoca su encarnación: “Dios ha enviado a su hijo en una carne semejante a la del pecado” (Rm 8, 3), “nacido de una mujer, nacido bajo la ley” (Ga 4, 4). Pero se detiene principalmente en los acontecimientos de la pasión y resurrección. Pablo no se limita a recordar el acontecimiento de la cruz (“Dios lo exhibió como instrumento de propiciación”: Rm 3, 25), sino que da una interpretación: “fue crucificado en razón de su flaqueza pero está vivo por la fuerza de Dios” (2 Co 13, 4); “Jesucristo, siendo rico, se hizo pobre” (2 Co 8, 9); “fue entregado por nuestros pecados y fue resucitado para nuestra justificación” (Rm 4, 25); “Cristo nuestra Pascua ha sido inmolado” (1 Co 5,7); “a quien no conoció pecado, Dios le hizo pecado por nosotros (2 Co 5, 21). Pablo, “que no ha querido saber sino a Jesucristo y éste crucificado” (1 Co 2,2), insiste sobre el hecho de que Cristo ha sido “constituído Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por su resurrección de entre los muertos” (Rm 1, 4). El que “murió [...] es el que resucitó, el que está sentado a la diestra de Dios y que intercede por nosotros” (Rm 8, 34), “Cristo Jesús al cual hizo Dios para nosotros sabiduría, justicia, santificación y redención” (1 Co 1, 30). Él es también el que “nos rescató de la maldición de la ley haciéndose él mismo maldición por nosotros” (Ga 3, 13), “para rescatar a los que estaban bajo la ley y recibiéramos la filiación

adoptiva” (Ga 4, 5). Hay que notar en estas fórmulas no sólo una característica cristológica sino también la presencia de los beneficiarios de la obra de Cristo. Respecto a los acontecimientos de la pasión, el apóstol no describe ni el desarrollo de los acontecimientos ni la actitud de Jesús en la cruz, ni la vincula tampoco con el Hijo del Hombre. El apóstol recibe el acontecimiento de la cruz como “escándalo y locura” y saca a la luz el significado de la muerte de Jesús a fin de manifestar su actualidad para los destinatarios, cualesquiera que sean en el espacio y en el tiempo.

A estas expresiones se suman los títulos que aplica a Jesús, heredados de la comunidad. Si habla de “Jesús”, (por ejemplo, en Ef 4, 20-21: “una predicación y una enseñanza conforme a la verdad de Jesús”), se trata de una apelación rara en su pluma, excepto en el caso de Jesús, Hijo de Dios. Casi siempre habla de “Cristo Jesús” o de “Jesucristo”, y despliega este título mesiánico dando a Jesús el título mesiánico de “Señor”.

¿Palabras atribuidas a Jesús?

Si es posible encontrar en las cartas de Pablo “ecos” de las palabras de Jesús, tal como son relatadas en los evangelios, seleccionaremos algunos puntos en los que la investigación debería avanzar.

Dos términos arameos atribui-

dos a Jesús se encuentran en Pablo: “Kephás” y “Abba”. Cuando Pablo habla de Pedro le nombra siempre por su nombre arameo, Kephás, cosa extraña en un texto redactado completamente en griego. Y, a propósito de existir en Cristo, Pablo hace decir al Espíritu, en la intimidad de los corazones, la palabra que Jesús dirige a su Padre llamándole “Abba” (Rm 8, 14-15 y Ga 4, 6). Como ya mostró J. Jeremías y más recientemente J. Schlosser, este diminutivo arameo marca una ruptura en la manera de dirigirse a Dios (Mc 14, 36). Y es preciso notar que la primera aparición escrita de estos términos se da en las cartas de Pablo. Estos dos nombres son rasgos de la herencia que Pablo recibe de la comunidad, sin que se clarifique la forma en que la recibe y sin que Pablo se refiera a quien las empleó.

Por el contrario, en 1 Ts 4, 15-17, a propósito del “día del Señor que vendrá como un ladrón”, palabras que figuran en Mt 24, 37-44, Pablo nota: “os decimos esto como palabra del Señor” (1 Ts 4, 15). Refiere estas palabras al Señor y no a “Jesús”, lo cual merecería un análisis más en profundidad.

1 Co 7 ofrece un lugar de análisis particularmente interesante. Todo el capítulo está estructurado sobre la diferencia de autoridad entre lo que viene del Señor y lo que viene de Pablo. 1 Co 7, 10 recuerda lo que el Señor “ha prescrito”. Lo que Pablo añade parece más bien un eco de Mc 10, 12 (“y

si una mujer repudia a su marido y se casa con otro comete adulterio”), y no de Mc 10, 9 (“pues bien, lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre”). Además, Mc 10, 1-12; Mt 5, 32; Lc 16, 18 tienen pasajes comparables a 1 Co 7, 10: “en cuanto a los casados, les ordeno, no yo, sino el Señor”.

El hecho de citar palabras del “Señor” no suprime la libertad de la reflexión y de la actuación de Pablo. A propósito de 1 Co 7, 6 (“lo que os digo es una concesión, no un mandato”), contempla el caso en el que una parte no es creyente: “en cuanto a los demás, digo yo, no el Señor” (1 Co 7, 12). “Acerca de la virginidad no tengo precepto del Señor. Doy, no obstante, un consejo como quien, por la misericordia de Dios, es digno de crédito” (1 Co 7, 25). En un momento en que considera el retorno del Señor como inminente, exhorta a “que cada cual viva conforme le ha asignado el Señor. En este capítulo la referencia al “Señor” es constante. ¿Designa a Jesús?

Paradójicamente, en lo que concierne al *ágape*, Pablo no se remite a ninguna palabra de Jesús, sino que desarrolla las implicaciones de lo que ha entendido del amor fraterno que debe unir a los hombres ya que, en Cristo, revelador de Dios como Padre, se descubren hermanos. 1 Co 13 no hace referencia ni a las palabras de Jesús ni a su actitud. Sin embargo, es un reflejo del Jesús de las bienaventuranzas.

Los textos parenéticos

Abordemos, finalmente, un último conjunto de textos, principalmente de carácter ético. A propósito de la relación fuertes/débiles, leemos en Rm 15, 1-5: “nosotros, los fuertes, debemos sobrellevar las flaquezas de los débiles y no buscar nuestro propio agrado. Que cada uno de nosotros trate de agradar a su prójimo para el bien, buscando su edificación”. Y Pablo se refiere a Cristo: “tampoco Cristo buscó su propio agrado. Antes bien, como dice la Escritura: *los ultrajes de los que te ultrajaron cayeron sobre mí*. En efecto, todo cuanto fue escrito en el pasado se escribió para enseñanza nuestra, para que con la paciencia y el consuelo que dan las Escrituras mantengamos la esperanza. Y el Dios de la paciencia y del consuelo os conceda tener los unos para con los otros los mismos sentimientos según Cristo Jesús”. La ejemplaridad de Cristo se menciona explícitamente y se encuentra de nuevo en la introducción al himno de la carta a los Filipenses (2, 5) y en Efesios (5, 1-2), en el centro de la parenesis.

La ejemplaridad se traduce también en exhortaciones parecidas a las de los evangelios, lo cual indica una dependencia común de la enseñanza de Jesús. Sin embargo, Pablo hace alusión a una “enseñanza” sin referirla explícitamente a Jesús (Rm 6,7; Ef 4, 20).

La relación con las autoridades

recuerda el “dad al César” (Mt 22, 16-21). “Dad a cada cual lo que se le debe: a quien impuestos, impuestos; a quien tributo, tributo; a quien respeto, respeto; a quien honor, honor” (Rm 13, 7).

Entre los textos que se hacen eco de pasajes evangélicos, citemos también Rm 12, 14-17: “benedicid a los os persiguen, no maldigáis. Alegraos con los que se alegran; llorad con los que lloran... Sin devolver a nadie mal por mal, procurando el bien ante todos los hombres”. Pasaje cercano a Lc 6, 27-38: “pero yo os digo a los que me escucháis: amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian, bendecid a los que os maldigan, rogad por los que os maltratan. Al que te hiera en una mejilla, preséntale también la otra; y al que te quite el manto, no le niegues la túnica. Da a todo el que te pida y al que tome lo tuyo, no se lo reclames. Y lo que queráis que los hombres os hagan, hacédselo vosotros igualmente”.

La relación con los demás es común a los evangelios: “dejémosnos, por tanto, de juzgarnos los unos a los otros; juzgad, más bien, que no se debe poner tropiezo o escándalo al hermano. Bien sé, y estoy persuadido de ello en el Señor Jesús, que nada hay de suyo impuro, a no ser para el que juzga que algo es impuro; para ése, sí lo hay” (Rm 14, 13-14, muy próximo a 1 Co 10). Pablo hace referencia a la enseñanza de Jesús relatada por Mc: “oídme todos y entended. Nada hay fuera del hombre que en-

trando en él pueda hacerle impuro, sino lo que sale del hombre; eso es lo que hace impuro al hombre (Mc 7, 14-15). Sobre el tema del escándalo y de las prohibiciones alimenticias, la posición de Pablo refleja la de Jesús.

Dos acontecimientos

Conviene todavía señalar que Pablo cita e interpreta dos acontecimientos, y no de los menos relevantes, con la impronta de Jesús. Se trata de la institución de la eucaristía y del envío a misión.

Cuando Pablo habla del bautismo (en 1 Co, Ga y Rm), no se refiere a la misión que Jesús confía a sus discípulos: “id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28, 19). Al contrario, Pablo parece tomar sus distancias: “no me envió Cristo a bautizar, sino a predicar el Evangelio” (1 Co 1, 17). Si bien es heredero de una comunidad que practica el bautismo (Ga 3,26-28; 1 Co 12,13), parece que contraponen el bautismo al anuncio de Jesucristo Crucificado. Sin embargo, desarrolla el sentido del bautismo en Rm 6, 3-4 en relación con la

cruz y la resurrección: “¿o es que ignoráis que cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados en su muerte? Fuimos, pues, con él sepultados por el bautismo en la muerte, a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado por medio de la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva”. En este texto resuena Lc 12, 49-50: “He venido a traer fuego sobre la tierra y ¡cuánto desearía que ya estuviera encendido! Con un bautismo tengo que ser bautizado, y ¡qué angustiado estoy hasta que se cumpla!”. Es el ejemplo de una referencia que no remite explícitamente a acontecimientos de la vida de Jesús, pero combina diversos aspectos que ponen de manifiesto la génesis de la reflexión de Pablo.

En lo referente a la eucaristía, Pablo narra la institución en un pasaje próximo a la redacción lucana (1 Co 11, 23-25). Muestra que conoce la tradición referente a Jesús (1 Co 10, 16-22). Todavía es más explícito en 1 Co 11, 23: “porque yo recibí del Señor lo que os he transmitido: que el Señor Jesús la noche...”. J. P. Meier observa que Pablo escribe estas líneas hacia el 50-51 y que había recibido este relato hacia el 34-35. Y, aunque esta afirmación es independiente, es fundamental para abordar la institución de la eucaristía y la cuestión de la relación de Pablo con Jesús.

CONCLUSIÓN

No se pueden ignorar las convergencias que existen entre la enseñanza paulina y la de los evangelios. Ciertamente, la cuestión de los milagros de Jesús está ausente en los escritos paulinos. Pablo lo traslada todo a la cruz y la resurrección. No conserva la figura de Jesús taumaturgo. Su obra se centra en “Jesucristo crucificado”, como lo recibe Pablo a partir de la resurrección.

Las convergencias entre los evangelios y Pablo ponen en evidencia que Pablo conoce la enseñanza de Jesús, mejor de lo que captamos al leerlo. Pero Pablo no cita a Jesús. No argumenta a partir de la enseñanza de Jesús. No actualiza explícitamente la enseñanza de Jesús.

La enseñanza de Jesús parece asimilada de tal forma que Pablo la convierte en pedestal sobre el que “construye, como buen arquitecto que no puede poner otro cimiento que el que existe” (1 Co 3, 10). Haciendo esto, saca a la luz la

novedad no oída del evangelio con una creatividad que le es propia en un determinado contexto cultural. Donde los evangelistas cuentan la vida de Jesús, Pablo despliega, en función de la experiencia de Damasco, las implicaciones de la resurrección por lo que respecta a la visión de Dios, del hombre y del mundo. Si no habla de la “vida de Jesús”, no es por olvido o negligencia, mucho menos por ignorancia. Su autoridad depende de la de Jesús. La tiene desde su encuentro con el Resucitado que le permite decir sobre él cosas que nadie ha dicho y que nosotros ignoraríamos si Pablo no las hubiera dicho. Su originalidad consiste en nutrirse de la tradición relativa a Jesús y expresarla en categorías judías y griegas por el hecho de pertenecer a ambas culturas. Por esto los escritos de Pablo son un buen lugar para estudiar el doble fenómeno de la recepción y de la transmisión del kerygma, tanto en su contenido como en sus modalidades.

Tradujo y condensó: CARLES PORTABELLA, S.J.